

Rotas nubes amafistas
de leche muestran las lomas
donde borrachos de aromas
tropezan dedos turistas.
Por extraviadas pistas
irrumpe el viento en una ola;
música de barcarola
pone en sus versos paganos,
mientras levanta en las manos
una estupenda amapola.

3. Otra postura

Colegiala buena, mala;
pastora de vacaciones
que canta canta canciones;
Amarilis colegiala.
Ala frágil, ágil ala
a la suerte en los vergeles;
alabada de donceles
que—en hipotéticas misas—
con rueditas de sonrisas
comulgan hostias de mieles.

Entre sauces y pirules
pajarillo en escoleta,
y lectora analfabeta
de largos montes azules.
Como del asno a gandules
panal vedado al hocico;
grano de sol rubio y rico
que el ave madrugadora
aflora, enflora, desflora
en el aire con el pico.

Guardiana de indócil seno
que junta en hondos jardines
olor blanco de jazmines,
de violeta olor moreno.
Angel que anuncia el estreno
de surcos primaverales;
arcángel de los umbrales
del edén, y en claro sino,
panadera del pan fino
de los banquetes nupciales.

4. Envío

Pastora, a ti esta alabanza
que ansiara en versos gentiles,
por tu pequeño haz de abriles
frescos y en flor de esperanza.
Más de veras que de chanza,
tu voz hube en mis retiros,
pues de la brisa en los giros
fui cazador en acecho;
e hice, a veces, de mi pecho
trampolín de los suspiros.

Tierra de sombras

No sé noche en las noches—cómo vine
a la Tierra del Sueño,
Todavía mi boca deleitaba
el sabor de las uvas de tus besos.
Aun me quedaba, del divino instante,
en un brazo la forma de tu cuello
y en el otro el calor de tu cintura.
Yo seguía la luz de tu recuerdo,
y repentinamente me hallé solo
en medio de un enorme bosque negro.

Me penetraba el frío con sus garfios
en la Tierra del Sueño.
Dilataba mis ojos el asombro
rebosando, tal vez, vaso pequeño;
bajo súbito invierno raudal breve,
detenia su curso el pensamiento;

y era temblor de una paloma zura,
en mi abismado corazón, el miedo.
El dragón de la noche se arrastraba
en medio del enorme bosque negro.

Y duré caminando muchos siglos
en la Tierra del Sueño.
Pasé bajo los árboles monstruosos
en floración preñada de misterio;
cerca del turbio manantial callado;
sobre los sauces de los ríos muertos,
y lanzaba mi voz como alarido
sin responder las rocas con un eco.
Inútil grito, porque estaba mudo
en medio del enorme bosque negro.

En vano quise huir de la pavora
de la Tierra del Sueño.
Los abismos llevaban a otro abismo
y si mi pie encontraba algún sendero
constrictoras parásitas, cual sierpes
furiosas, enredábanse a mi cuerpo.
Libre después, corría vertiginosa-
mente un torpe correr sin movimiento:
era un árbol con ansias pero inmóvil
en medio del enorme bosque negro.

La fatiga cayó sobre mi carne
en la Tierra del Sueño.
Junto a la piedra de dormir, lloroso,
ya vencido en el último deseo,
arrojé mi esperanza: era un venablo
que me tenía traspasado el pecho.
Y en la noche cerrada, como todos,
fui un montón de ceniza entre los muertos
y un fantasma de sombra, envuelto en sombras,
en medio del enorme bosque negro.

Regreso

Il ricordo é poesia, e la poesia
non é se non ricordo.

GIOVANNI PASCOLI.

Iban las calles sin saber adónde,
cayendo y levantando
hasta quedar dormidas en el campo.

Las casitas de faz con enjalbiego
estaban sin crecer un solo palmo.
(¿Proyectarían sus arquitecturas,
para ilustrar un cuento, los enanos?)

Recoletas. Caducas.
Sin embargo,
nada ha podido resistir como ellas
el telúrico baile del espanto.

Ellas saben las vidas paralelas
de la locomotora que se va llorando
y del burrito que vuelve cantando.

No verán su vejez en el espejo.
Tuvieron uno solamente, antaño,
que sustraído fué con la laguna
por malas artes de los ingenieros.

Ahora, al saludar (¿al hijo pródigo?),
la sonrisa más franca de sus patios
se empurpuraba en el mantel del aire.

Iban las calles sin saber adónde;
yo, sin cómo ni cuándo.

Se oía, antes del turno de los grillos,
en el jardín, la banda del silencio.

Pero bajaba el cielo a dar sus ramos
como siempre en las varas de los plúmbagos,
y los naranjos,
antes pura la frente de azahares,
tenían frutos nuevos en los brazos.

Guardaba el farolero entre los lirios
el nocturno Camino de Santiago.

El colibrí epiléptico asumía
la inspección general de las fragancias.

Uua montaña de cabeza blanca
remendaba las nubes del ocaso.

Los cerros
—avizorando—
se apercibían a cazar estrellas.

(Cerros grises, domésticos y mansos,
como los vi a mi puerta siendo niño.
Dios les pasa la mano
por sobre el lomo, en tardes y mañanas.
o los azota cuando está enojado.)

Iban las calles sin saber adónde;
yo, sin cómo ni cuándo.

Tras el roído portalón del huerto
cantaba, haciendo azúcar, el verano.

Al beber su refresco de arrayanes
el aire verde levantaba el vaso.

Dentro del corazón de las guayabas
un pájaro tenaz con su piqueta
buscaba los tesoros de Eldorado.

Despertó el celo de los garañones
del viento.
Por el camino en polvo iban al campo,
tras las yeguas retintas de la tarde.

Cortaba frescas rosas de sonido
—por tejer la corona del rosario—
la torre que sin éxitos de cuenta
vive poniéndole la cruz al diablo.

Iban las calles sin saber adónde;
yo, sin cómo ni cuándo,

A la altura del beso,
alzó una rosa cárdena el picacho.

Banderas desplegadas,
desfiló ante la noche un sindicato
de nubes.

En las fértiles sombras
empezaba la siembra de los grillos.

Las estrellas croaban en los charcos.

A mi encuentro salió, toda de blanco,
con el perfume que aprendí en mi novia,
la casa que el clvido está alquilando.

Retornaba el silencio de la noche,
los aperos al hombro, paso a paso.

Y Dios llegó en disfraz de peregrino,
con su nombre: Pasado.

Y mi niñez volvía,
militar y torera.

(Cabalgaba el rocín de la aventura
al margen de los libros no estudiados.
Rubias horas de sol, vistiendo seda,
esparcían mis ansias como nardos.)

La vocesita tenue de las cosas,
¡cómo se entraba al corazón cerrado!
Fluía por los surcos del recuerdo
continua y musical como un regato.

El viento se alejó con su mensaje.
Y atrayéndome a sí con dulce mando
—quedo en los labios el pueril lenguaje—
cada cosa me habló: ¿te acuerdas cuando...?

Francisco González Guerrero